



Jorge Millas: una clase magistral

LUIS SANCHEZ LATORRE

Pienso que Jorge Millas tomó una reflexión del conde de Keyserling como declaración de principios. Y la incluyó en su obra *El Desafío Espiritual de la Sociedad de Masas*. Dice: "No escribo para exponer lo que es o puede llegar a ser, sino para que lo mejor posible sea. Y sea en sentido histórico. Por lo tanto, hasta cierto punto escribo como hombre de Estado".

Modesto, sencillo, quitado de bulla, dueño, sin embargo, de una elocuencia profunda, Jorge Millas fue desde muy joven no un contestatario sino un hombre de reflexión. Estudiante, maestro; maestro y estudiante siempre, hizo de las aulas universitarias su hogar.

He aquí la raíz de su existencia y de la dimensión de tragedia que alcanzaría en su destino el despojo de su *habitat* universitario. ¿Quién o quiénes lo deshabitaron de su querida patria universitaria? No estos ni aquellos hombres, en verdad. Fueron los hechos. Como escribía Ortega y Gasset, mentor del Millas juvenil, hace ya más de 50 años la sociedad empezaba a vivir del arbitrio de los "hechos". Con el imperio de los hechos comenzaba a retroceder el imperio de la "autoridad". Un ilustre pensador, contemporáneo del primer maestro de Millas, apuntaba esta observación: "La autoridad y el poder son dos cosas distintas. *Poder* es la fuerza por medio de la cual se puede obligar a obedecer a otros. *Autoridad* es el *derecho* a dirigir y mandar, a ser escuchado y obedecido por los demás. La autoridad pide poder. El poder sin autoridad es tiranía... Por tanto, la autoridad quiere decir derecho. Si en el cosmos sólo se puede preservar y desarrollar una naturaleza como la humana dentro de un estado de cultura, y si dicho estado de cultura importa necesariamente la existencia en el grupo social de una función de mando y gobierno encaminado al logro del bien común, resulta entonces que esta función es un imperativo del derecho natural e implica un derecho a mandar y gobernar".

Es mala, pésima, costumbre en la filosofía imaginar que ésta puede hacerse a partir del manejo burdo, flojo o elemental del idioma. De Ortega y Gasset, Jorge Millas aprende una lección insuperable en el sentido de que la claridad es la cortesía del filósofo... Los grandes problemas de la vida espiritual de Occidente y de la irrupción de la sociedad de masas van a ser así analizados por Millas con un don de estilo que sorprende a los chilenos.

Escritor-pensador, pensador-escritor, se distingue por la luminosa consistencia de sus ideas. Por el aire limpio, transparente, que envuelve cada uno de sus conceptos. Hacia los años 70, cuando los *hechos* pretenden instalarse por sorpresa en el ámbito académico y se habla a toda hora de la fuerza incoercible de un "poder joven", Jorge Millas parece un *tradicionalista* en la defensa de la legitimidad universitaria. Es imposible vulnerar la autoridad de las instituciones sin que las instituciones en su fondo intrínseco, erosionadas, acaben por vulnerar también los principios que informan sus propios derechos.

Surge de este modo, ante la faz pública, Millas el crítico, el intelectual comprometido hasta el tuétano con el estado de Derecho. Ya no es sólo la universidad el motivo de su dolor: es toda la sociedad. Como escribe Maritain, "puesto que la autoridad significa derecho, ha de ser obedecida por razón de conciencia, es decir, de la manera en que obedecen los hombres libres, y por la salud del bien común. Pero por la misma causa no existe la autoridad allí donde no hay justicia. La autoridad injusta no es autoridad, como la ley injusta no es ley".

Creador, cofundador, alma máter de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, que celebró sus primeras reuniones en la casa de la Sociedad de Escritores de Chile, Jorge Millas la encabezó en una extensa batalla, dura y desigual,

para conseguir la devolución de los fueros restados a la universidad.

Convertido, contra su voluntad, en hombre de acción, lo acompañamos, transmitiéndole ánimo y aliento, en una empresa que había asumido en compensación acaso por el ausentismo de quienes, horrorizados ante la idea del horror, desertaban o se sumaban al triunfo de los "hechos".

Filósofo que habla como "hombre de Estado", según prescribía Keyserling, Millas no desvirtúa la calidad de su pensamiento ni la bondad de su estilo adoptando el liderazgo de la crítica sometida a toda suerte de recortes normativos.

Muerto en mitad, quizá, de la batalla, asignémosle como honor póstumo el título de haber sido el más brillante y valeroso de los maestros que han visto reflejarse en la independencia académica la plena autoridad del derecho.

Admirado, querido por todos, sus alumnos lo recuerdan hoy, y para ello hay lágrimas en los ojos, como un Quijote de nuevo cuño, esmirriado, débil, nervioso, elocuente, luchando con su pluma contra verdaderos gigantes acorazados. Sus amigos, sus compañeros, sus hermanos, evocamos de nuevo su admirable y ejemplar trayectoria de profesor, de escritor, de hombre público.

Dos momentos especiales, muy especiales, lo vinculan en mi memoria a la vida y a la muerte del ex Presidente Frei. Primero: aquella tarde del microclima democrático en el teatro Caupolicán. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Se preparaba el plebiscito. Esa tarde todos, Frei, Millas, todos, experimentamos el espejismo con que las democracias suelen encandilar, como una proyección de las luces de una vieja conciencia sepultada, a sus humildes adeptos.

¡Qué lujo de banderas y de voces aquella tarde de gesta! Allí habló Millas. Lo hizo como lo que era. Como un maestro. Parecía que el país entero se entregaba a la convicción de su palabra.

La verdad, no obstante, era de naturaleza diferente. Al salir a la calle descubrimos que aún los más realistas podíamos ser víctimas del espejismo de la esperanza.

Otro momento, el último: ha fallecido Frei. La Sociedad de Escritores de Chile ofrece un homenaje a la memoria del que fue distinguido consocio. En la tribuna de honor, el cardenal Raúl Silva Henríquez. Un recinto que se hace estrecho para un público ávido otra vez de esperanza. El discurso de fondo, pieza magistral, está a cargo de Jorge Millas. Sus páginas versan acerca del Poder, de la Autoridad y de la Libertad de los hombres.

La muerte de Millas traza una parábola histórica. Un adalid que cae. Un campeador que rompe todas sus lanzas y destroza el corazón en la batalla.

La memoria de los hombres, la de sus compatriotas, no olvidará fácilmente los servicios prestados por este eminente ciudadano de la Cultura a la causa del Derecho.

He aquí al amigo incomparable, al gran proveedor de virtudes y lealtades, destruido por la nostalgia, por los dolores clandestinos del "exilio interno".